



Arriba, Francisco Umbral con María España Suárez, un matrimonio imbatible desde que se casaran en 1959. Durante toda su vida, el escritor cultivó una imagen elegante y provocadora que le valió amores y odios.



DOCUMENTAL

## Hablemos de SU LIBRO

FRANCISCO UMBRAL ES UNO DE NUESTROS AUTORES MÁS BRILLANTES Y POLÉMICOS. SU VIUDA, MARÍA ESPAÑA, NOS REVELA CÓMO ERA FUERA DE LOS FOCOS. Por ROSA ALVARES



La provocación formaba parte de su manera de ser. También el talento para convertir en materia literaria su propia vida. Francisco Umbral (1935-2007), página a página, fue narrando esas experiencias vitales que pocos conocían. Como su infancia en Valladolid, marcada por ser hijo de madre soltera (a la que transformaría en personaje en *El hijo de Greta Garbo*) y por ese colegio de curas donde el frío se le colaba hasta el alma. O la muerte de su hijo, con solo cinco años, un golpe cruel del que nació *Mortal y rosa*.

Aquel botones de banco que escribía poemas a escondidas encontró en la escritura su refugio. Soñaba con ir a Madrid y participar en las tertulias del Café

Gijón, donde se codeaban periodistas, intelectuales y artistas. En 1961 alcanzó su sueño. Cuentan en el documental *Anatomía de un dandy*—dirigido por Charlie Arnaiz y Alberto Ortega; estreno: a finales de nov.— que, al verlo entrar en el Gijón, Fernán Gómez aseguró que no había llegado un cualquiera. Francisco Alejandro Pérez Martínez dejó de existir; había nacido Francisco Umbral. «No era un hombre corriente en ningún aspecto, ni intelectual ni físicamente. Él sabía que en cualquier campo es preciso crearse una imagen, un personaje; que los demás perciban lo que uno quiere. Y lo consiguió», declara a HARPER'S BAZAAR María España Suárez, su esposa durante 48 años. «Nos conocimos en Valladolid. Él me eligió, yo lo elegí. Nos casamos, vivimos en León un tiempo breve y vinimos a Madrid. Al principio fue difícil, pero mis clases como maestra facilitaron el camino y, en cierto modo, le permitieron dedicarse a escribir».

Umbral, con su melena, bufanda y abrigo de cuello de astracán, triunfó en los círculos literarios de Madrid, por más que él se sintiera «un quinqu vestido por Pierre Cardin». Y ese *dandy* que recorría la ciudad y la retrataba como pocos fue forjando su seductora personalidad, en especial, con las mujeres. «Las admiraba, sobre todo a las muy guapas. Tuvo grandes amigas y algún amor, pero nunca se fue con ninguna. Estaba yo», concluye María España.

Esa imagen tras la que se parapetaba —a veces, de modales irritantes para el común de los mortales— escondía a un escritor constante, prolífico y brillante. «Escribir era para él un placer, no le suponía ningún esfuerzo. Paco era trabajador, sensible, tierno y muy generoso con las personas a las que admiraba», afirma su viuda. «Los calificativos de escandaloso y provocador que se le atribuyen son, en cierto modo, los que iban con el personaje que él se forjó».

Cuenta María España que los últimos años de la vida de Umbral «fueron tristes por su deficiente salud, pero siguió escribiendo hasta el final». Cuando se pronuncia su nombre, algunos piensan en aquel autor que quiso abandonar un plató de televisión por no hablarse de su libro. Pero para quienes lo leen, sigue vivo en su literatura. «Creo que se sentiría contento por el recuerdo que se tiene de él, por las citas constantes, de sus lectores y seguidores, de la gente que lo quería», apostilla su esposa. «Resultó muy fácil ser la mujer de Francisco Umbral. Para mí, fue el hombre ideal, el hombre intelectual y, además, alto, guapo y elegante. Lo fue todo». ■

